

-En lo más hondo está, señor, en lo más oscuro. ¿He de guiarte señor?

-Conozco bien estos parajes. Dame la llave y échate a dormir. Mañana encontrarás la llave delante de tu puerta. Y no digas a nadie que me has visto.

Inclinóse el portero y le dio la llave y una lámpara. Virata hizo un ademán de despedida, y, sin decir palabra, el servidor se retiró y se echó sobre la esterilla. Y él abrió la puerta de cobre que cerraba la cavidad de la roca y bajó a las profundidades del calabozo. Cien años atrás, los reyes de Rajputana habían empezado a encerrar a sus prisioneros entre aquellas rocas, y día tras día, cada uno de ellos había ahondado más, abriendo en la piedra fría nuevos reductos para los que fueran encerrados detrás de ellos.

Antes de cerrar la puerta, Virata echó una mirada a la abertura que encuadraba un pedazo de cielo con las estrellas blancas y palpitantes; luego cerró la puerta y le invadió la ola húmeda de la oscuridad, en la cual la lámpara vacilante saltaba como un animal que persigue algo. Oyó todavía el blando murmullo del viento en los árboles y los gritos agudos de los monos. Pero en el primer rellano todo se oía como de lejos, y en el segundo, todo callaba como bajo el cristal del mar, frío y sin movimiento. Un hálito de humedad salía de las piedras, pero ningún aroma de la tierra, y cuando más bajaba, más duro resonaba su paso en la rigidez del silencio.

En el quinto rellano, más profundo tierra adentro que en altura las más altas palmeras, estaba la celda del prisionero. Virata entró en ella y levantó la lámpara sobre el bulto pardo que se movía apenas, hasta que le dio la luz. Una cadena tintineó.

Inclinóse Virata:

-¿Me conoces?

-Sí, te conozco. Eres el que han puesto por amo de mi destino y lo has pisoteado.

-No soy amo de nadie, sino servidor del rey y de la justicia. He venido para socorrerte.

El prisionero clavó los ojos en el rostro del juez:

-¿Qué quieres de mí?

Virata calló un buen rato y, luego, dijo:

-Te he lastimado con mi palabra, pero, también tú a mí con las tuyas. No sé si mi fallo ha sido justo, pero hay verdad en lo que dijiste: "Nadie debe juzgar con una medida que no conoce". Ignorante he sido y quiero instruirme. He relegado centenares de hombres a esta noche y sobre ellos se han cumplido actos que en mí mismo no conozco. Ahora quiero aprender, quiero sentirlo por experiencia para ser justo y entrar limpio de culpa en la transmutación.

El preso no le quitaba los ojos de encima. La cadena tintineaba un poco.

-Quiero saber lo que te destinaba; quiero conocer en mi propia carne la mordedura del azote y medir en mi alma el tiempo que se pasa aherrojado. Quiero ocupar tu lugar durante una luna para saber la cuantía de la expiación de que te soy deudor. Y, entonces, renovaré la sentencia frente

al palacio, capacitado de toda su importancia. Tú, entre tanto, sé libre. Te daré la llave que te sacará a la luz y gozarás de la libertad vital toda una luna, a fin de que yo me goce de tu vueita, pues entonces ya habrá brotado la luz en mi conciencia de entre las tinieblas.

El prisionero parecía de piedra. La cadena no tintineaba ya.

-Júrame por la implacable diosa de la venganza, a quien nadie escapa, que no dirás nada del hecho durante esta luna. Te daré la llave y mis ropas. Dejarás la llave al lado de la esterilla donde duerme el portero, y te irás libremente. Pero quedas comprometido, bajo juramento ante el dios de las mil formas, a presentar este escrito al rey, pasada la luna, por medio del cual alcanzaré la libertad y podré dar mi fallo según justicia. ¿Juras hacerlo por el dios de las mil formas?

-¡Juro! -Como del fondo de la tierra salió esta palabra de la boca del prisionero, que temblaba.

Virata le quitó los hierros y, dándole sus ropas, le dijo:

-Ea, toma este vestido, dame el tuyo, y disimula tu rostro para que ningún guardia te conozca. Y ahora, con esta navaja rasúrame el cabello y la barba de modo que tampoco me conozcan.

El prisionero tomó la navaja, pero la mano temblorosa no le obedecía. La mirada del otro penetraba en él, y cumplió lo que le mandaban. Calló largo rato. Después se echó al suelo y las palabras le salían a gritos de la boca:

-Señor, no soportaré que padezcas por mi culpa. He matado, he vertido la sangre con mano airada. Justa fue tu sentencia.

-Ni tú ni yo podemos aquilatarlo, pero pronto se hará la luz en mi juicio. Ve, según has jurado, y a la otra luna preséntate al rey para que me dé la libertad; entonces ya tendré conocimiento de mis actos, y mi palabra será siempre más libre de error. ¡Vete!

El prisionero se inclinó y besó la tierra...Pesadamente cayó la puerta en la oscuridad, osciló la luz de la lámpara en un último reflejo por las paredes y se cernió de nuevo la noche sobre las horas.

A la mañana siguiente, Virata, a quien nadie reconoció, fue llevado al campo inmediato a la ciudad, donde recibió azotes. Cuando cayó el primer golpe sobre su espalda desnuda, dio un grito. Recibió los otros apretando los dientes, pero al que hacía setenta se le oscureció el sentido y tuvieron que llevárselo como una res muerta.

Abrió los ojos echado en la celda, y le pareció que estaba sobre ascuas. Pero sentía la frente refrigerada y aspiraba un olor de hierbas silvestres: una mano se ponía en su frente y un rocío bienhechor se desprendía de ella. Abrió como una rendija los párpados y vio que la esposa del portero estaba junto a él, lavándole con cuidado la frente. Y al abrir del todo los ojos vio brillar la estrella de la compasión en los de la mujer. Y por el dolor ardiente de su cuerpo reconoció el sentido de todos los padecimientos al amparo de la bondad. Le sonrió vagamente y se alivió su padecimiento.

Al segundo día pudo levantarse, y, mientras recorría a tientas aquel frío nicho de roca, sentía a cada paso como si renaciera un mundo. Al tercer día las heridas se cicatrizaban y había

recobrado la presencia de ánimo y las fuerzas. Allí yacía sentado, mudo, sin más noción del tiempo que la caída de las gotas de agua de la pared, que dividían el gran silencio en pequeños espacios sin cuento, formando el día y la noche, como una vida que a través de los miles de días alcanza la madurez y la ancianidad.

Nadie le daba ánimos, la oscuridad se densificaba en su sangre, pero el recuerdo irisado subía de su interior en plácido manantial y se reunía en un tranquilo estanque donde veía reflejada su vida entera. Lo que había vivido a pedazos se unificaba y una fría transparencia tranquila mantenía clara la imagen, suspendida en el corazón. Nunca su sentido había sido tan puro como en aquella emoción de mirar un mundo por reflejo.

Los ojos de Virata veían cada día más claro; las cosas se le ponían delante en la oscuridad y revelaban formas a su intuición. En su mismo interior se aclaraba todo en plácido espectáculo: el deleite de la contemplación, recreándose en las ilusorias apariencias; el recuerdo jugaba con las formas de transmutación como las manos del prisionero con los guijarros esparcidos en aquel foso. Aún ajeno a sí mismo, confinado, ignorando la esencia de las formas en la oscuridad, percibía más vigorosamente el poder del dios de las mil formas, y a sí mismo a través de las transmutaciones, no dependiendo de ninguna, libre de la servidumbre de la voluntad, muerto en lo vivo y viviendo en la muerte... Aligerado su cuerpo de cualquier angustia de lo transitorio, parecía hundirse cada vez más en la oscuridad, a manera de una piedra o de una negra raíz, pero henchido de nuevas germinaciones, tal vez gusano hurgando en el terruño o planta cuyo tallo empuja para crecer, o simplemente roca que descansa fría en su bienaventurada inconciencia.

Dieciocho noches gozó Virata entregado a la visión del secreto divino, sin voluntad propia, insensible al aguijón de la vida. Le pareció bienaventuranza lo que había emprendido como expiación, y ya eran meras figuras de un sueño, en la eterna vigilia del conocimiento, su propia culpa e infortunio. Pero en la noche decimonona saltó del sueño tocado de una idea terrenal. Se clavaba como un alfiler ardiente en su cabeza. El miedo agitaba atrocemente su cuerpo y le temblaban los dedos como hojas en el árbol. La idea que le aterrorizaba era ésta: que el prisionero podía faltar a su juramento y dejarle olvidado, y entonces tendría que yacer allí miles de días hasta que la carne se desprendiera de los huesos y la lengua se endureciese en el silencio. Una vez más la voluntad de vivir brincó en su cuerpo como una pantera y rompió la envoltura: el tiempo fluyó dentro de su alma confundido con el miedo y la esperanza que dominan al hombre. Ya no era capaz de pensar en el Dios de la vida eterna, en sus mil formas; sólo en sí mismo pensaba y sus ojos estaban hambrientos de luz; sus piernas, que restregaba contra la dura piedra, reclamaban espacio, anhelaban el salto y la carrera. No podía menos de pensar en la mujer y los hijos, el hogar y la hacienda: en la tracción cálida del mundo que se bebe con los sentidos y se llena con el calor activo de la sangre.

Desde aquel día del recuerdo, el tiempo, mudo a sus pies como el reflejo de un estanque negro, subió a su pensamiento con el ímpetu de un río. El hubiera querido que lo levantara como una tabla que flota y le llevase por fin al punto inmóvil de la liberación. Pero el tiempo corría contra él; nadador desesperado, perdido el aliento, le parecía que las gotas de agua que rezumaban de la pared y caían al suelo se detenían de pronto, tan dilatada se hacía entre ellas la tensión del tiempo. No pudo aguantar más en su camastro. Si aquel hombre se olvidaba de él, tendría que corromperse en la cueva del silencio. Esta idea le llevaba, como un trompo, de una pared a otra. El silencio le ahogaba: increpó a las piedras a gritos, insultando, quejándose, maldiciendo a sí mismo y, a los dioses y al rey. Con las uñas sangrientas se agarraba a la roca, que hacía burla de él con su impasibilidad; y daba con la cabeza contra la puerta, hasta que se desplomó sin sentido, para levantarse luego, apenas vuelto en sí, y andar como un ratón rabioso de arriba abajo del cuadrilátero.

Durante los días que iban del decimoctavo de su encierro a la luna nueva, Virata vivió mundos de espanto. La comida y la bebida le repugnaban y sólo el miedo llenaba su cuerpo. No prosperaba en él ningún otro pensamiento: no hacía más que contar la caída de las gotas para dividir en partes el tiempo interminable que mediaba de un día a otro. Y sin que él lo supiera, se le había agrisado el pelo en las sienes, que latían como martillos.

Al cumplirse los treinta días del encierro se oyó un tumulto a la entrada y luego volvió el silencio. Entonces resonaron unos pasos, se abrió la puerta, se iluminó el reducto y, ante el hombre sepultado en la oscuridad, se vio al rey, que le decía abrazándole con cariño:

-Conozco tu acción, que es más grande que ninguna de las consignadas en las crónicas de los antepasados. Brillará desde ahora como una estrella por encima de lo abyecto de nuestra vida. Sal, para que la llama de Dios te haga resplandecer y el pueblo se llene los ojos de la ventura de mirar a un hombre justo.

Virata se puso la mano en la frente porque la luz le hería al salir de las tinieblas, y en su interior flameaba la púrpura de la sangre. Andaba como ebrio, y los siervos tuvieron que sostenerle. Pero antes de pasar el umbral, habló de este modo:

-¡Oh rey! Me has llamado hombre justo, pero ahora yo tengo la convicción de que cualquiera que dicte sentencia es contrario a la justicia y se llena de culpa. Aún quedan hombres en esas profundidades que padecen por la sentencia que yo dicté, y ahora yo sé cómo padecen y sé que mi justicia es una palabra vacía. Dales la libertad, rey, y aparta a la gente de mi paso, porque me avergüenzo de sus alabanzas.

El rey hizo una seña y los siervos apartaron a la gente. Y volvió el silencio. Entonces dijo el rey:

-En la más alta grada del palacio estuviste sentado para administrar justicia. Pero ahora que eres más sabio de lo que fue nunca un juez, porque conoces en ti mismo el sufrimiento, te has de sentar a mi lado para que yo escuche tu palabra y aprenda la ciencia de la justicia.

Pero Virata cogió su rodilla en señal de súplica:

-¡Hazme libre de mi cargo! no puedo continuar juzgando desde que sé que ningún hombre es capaz de juzgar a otro. No atañe a los humanos el poner penas, sino a Dios, porque quien toca a la vida ajena incurre en delito. Y yo quiero vivir mi vida, limpio de culpa.

-Sea -respondió el rey-: no juez de mi reino, pero sí consejero de mis actos: tú guiarás mis decisiones sobre la paz, la guerra, los tributos, a fin de que sean justas y que no haya error en ellas.

Una vez más Virata abrazó la rodilla del rey:

-No me des poder, rey, porque el poder llama a la acción, y ¿qué acción, oh mi rey, es recta y no contraria al destino? Si aconsejo la guerra, siembro la muerte: se convierten en actos mis palabras, y cada acto encubre un sentido que yo ignoro. Sólo puede ser justo el que no se mete en la vida de los demás, ni en sus obras, y vive en el retiro: nunca estuve más cerca del conocimiento ni más libre de culpa que cuando moraba en la soledad sin atender a la opinión de los hombres. Déjame vivir en la paz dentro de mi casa, sin otra misión que la del sacrificio ante los dioses, a fin

de que permanezca limpio de culpa.

-Me duele dejarte hacer tu voluntad -dijo el rey-, pero ¿quién se atrevería a oponerse a un sabio y echar a perder la voluntad de un justo? Vive según tu corazón, porque es una honra para mi reino el tener en sus fronteras quien viva y obre sin culpa.

El rey le acompañó hasta el umbral. Sólo iba Virata camino de su casa, aspirando el aire blando calentado por el sol, y sentía su alma aliviada como nunca, libre de toda carga, dispuesto a vivir en su hogar. Oyó tras de sí alguien que andaba a pie descalzo, y, al volverse, vio que era aquel prisionero cuyas penas había tomado sobre sí. El prisionero besó el polvo de sus huellas, hizo acatamiento y desapareció. Virata sonreía por primera vez desde la hora en que vio las pupilas petrificadas de su hermano, y entró contento en su casa.

En ella pasaba los días Virata. Su despertar era una oración de gratitud por haber pasado de las tinieblas a ver el resplandor del cielo, y percibir el color y el aroma de la tierra bendita, y la música clara con que amanece el día. Diariamente aceptaba como un nuevo don el prodigio de respirar y del libre movimiento de sus miembros, y consideraba como santo su propio cuerpo, el blando cuerpo de su mujer y el vigoroso de sus hijos, venturoso de hallar en todo la presencia del dios de las mil formas, acariciada su alma por el benéfico orgullo de no poner más la mano en un destino ajeno ni tocar hostilmente ninguna de las mil formas del Dios invisible. Desde la mañana a la noche leía en los libros de la sabiduría y se ejercitaba en los diversos grados de devoción, a saber: el silencio de la sumersión, el ahondamiento del amor en el espíritu, el socorro a los pobres y la inmolación devota. Su juicio había crecido en serenidad; su palabra, en afecto hacia el más ínfimo de los servidores, y los suyos le amaban más que en el pasado. Era el auxilio de los pobres y el consuelo de los desgraciados. La oración de multitud de hombres flotaba alrededor de su sueño, y ya no le llamaban, como antes, Espada Resplandeciente, ni Manantial de Justicia, sino Campo del Buen Consejo. Ya no eran únicamente vecinos los que entraban a escuchar su decisión cuando tenían alguna diferencia; llegaban los más lejanos, contendientes aunque no fuera, como antes, en calidad de juez, y conformábanse sin vacilar con su juicio. Virata se sentía dichoso de ver que este consejo valía más que el fallo de un juez; su vida le parecía limpia de culpa desde que no violentaba ningún destino, con todo y regir los pasos de muchos. Y gozaba del mediodía de su vida con los sentidos más serenos.

Así pasaron tres años, y luego otros tres, como un solo día esplendente. Cada vez más se suavizaba el ánimo de Virata, y, ante las contiendas que se le presentaban, apenas cabía en su alma que reinase tal intranquilidad en la tierra y que los hombres se atosigaran con los ínfimos resquemores de la posesión cuando tenían para ellos la vida entera y la dulce esencia del ser. A nadie envidiaba ni de nadie era envidiado. Como una isla de paz se levantaba su hogar en una llaneza de vida, ajena al tumulto de la pasión y al aguijón del deseo.

Una noche, en el sexto año de su calma, Virata se había retirado ya cuando oyó, de pronto, unos gritos desgarradores y el húmedo ruido de unos golpes. Saltó de la cama y vio que sus hijos habían echado de rodillas a un esclavo al que azotaban la espalda, que manaba sangre, con un látigo de piel de hipópótamo. Y los ojos del esclavo, que el terror dilataba, se clavaban en los suyos: otra vez sintió atravesarle el alma los mismos ojos de su hermano muerto. Se precipitó, detuvo el brazo que hería y preguntó lo que había sucedido. Pudo sacar en claro que aquel esclavo, encargado de ir por agua al manantial de la roca y traerla a casa en cubas de madera repetidas veces, en el calor del mediodía, pretextando fatiga había llegado demasiado tarde, a pesar de las amonestaciones; hasta que el día anterior, después de un castigo, se había fugado. Los hijos de Virata le siguieron a

caballo y, alcanzándole en una aldea situada a la otra parte del río, le habían atado con una cuerda a la silla del caballo, de modo que llegó medio corriendo, medio a rastras, con los pies desgarrados; y, una vez en casa, le esperaba el inexorable castigo para advertencia propia y de los otros esclavos que lo contemplaban aterrorizados con las rodillas temblorosas, hasta que la presencia de Virata interrumpió el brutal castigo. Bajó los ojos Virata hacia el esclavo, a sus pies la arena se veía húmeda de sangre. Las pupilas del aterrorizado parecían las de una res que va a ser sacrificada, y Virata vio detrás de su negra rigidez los horrores de la noche.

-¡Soltadle! -ordenó a sus hijos-. Su culpa está expiada.

El esclavo besó el polvo delante de sus pies. Por primera vez los hijos se fueron disgustados del lado de su padre. Virata volvió a retirarse. Maquinalmente se lavó frente y manos y, al contacto del agua, reconoció, sobresaltado, lo que acababa de olvidar: que volvía a actuar de juez, a disponer de un destino humano. Y por primera vez al cabo de seis años, el sueño volvió a huir de él.

Desvelado en la oscuridad, sentía sobre sí los ojos despavoridos del esclavo -o tal vez fueran los del hermano a quien dio muerte- y las miradas de cólera de los hijos, y se preguntó repetidamente si éstos no habían procedido sin razón contra el siervo. Por una negligencia insignificante se había humedecido de sangre el suelo de su casa y el azote había penetrado en la carne viva; y más que los que él había recibido un día en su propia espalda como víboras candentes, le escocía ahora la responsabilidad. El castigo no había recaído sobre un hombre libre, sino sobre un esclavo cuyo cuerpo era propiedad suya desde el vientre materno, según la ley del reino. Pero aquella ley, ante el dios de las mil formas, ¿daba derecho a que el cuerpo de un hombre estuviera enteramente bajo la voluntad de otro que pudiera disponer de su vida rompiéndola o estropeándola?

Virata se levantó de la cama y encendió una lámpara para ver si hallaba orientación en los libros del conocimiento. Sus ojos no dieron con diferencia alguna entre hombre y hombre, a no ser en el orden de las castas y la condición, pero ninguna diferencia en la vida multiforme respecto a la obligación del amor. Cada vez más sediento, se penetró de aquella ciencia, pues nunca su alma había estado tan dispuesta a la interrogación. Elevóse una vez más la llama de la lámpara y se extinguió luego.

Cuando la tiniebla cayó de las paredes, una inspiración misteriosa asaltó a Virata: el espacio que tentaba con sus manos ya no era su casa, sino la misma prisión de un día, dentro de la cual el terror le hizo reconocer que la libertad es la más profunda prerrogativa del hombre y que nadie tiene derecho a encerrar a otro, no ya de por vida, sino ni siquiera un año. Y él había encerrado a aquel esclavo en el círculo invisible de su voluntad y le había encadenado al azar de sus decisiones, de tal manera, que no le quedaba libertad ni para dar un solo paso en la vida. Su pensamiento cobraba una claridad tal que sintió ensancharse el espíritu y entrar en él la invisible luz de la altura. Tuvo conciencia una vez más de que era culpable de haber sometido unos hombres a su voluntad, a los cuales llamó esclavos suyos, según la ley deleznable dictada por los hombres, no según la eterna ley del dios de las mil formas. Y se postró en oración:

-¡Gracias, dios de las mil formas, que me envías mensajeros de todas ellas para que me salven de la culpa, con objeto de acercarme cada vez más a tí, siguiendo el camino escondido de tu voluntad. Haz que yo los entienda en los ojos eternamente acusadores del hermano eterno que encuentro en todas partes, que ve por mi vista y cuyas penas son las mías, para que pueda seguir mi vida en la pureza y respirar libre de culpa.

El semblante de Virata se había serenado; con la mirada penetrante caminaba en la noche, bebiendo la blanca salutación de las estrellas, respirando a pleno pulmón el viento que zumbaba; y, atravesados los jardines, se detuvo a la orilla del río. Cuando el sol se levantó en Oriente, tomó el baño en el río sagrado y volvió al hogar, donde halló reunidos a los suyos para la oración de la mañana.

Entró en su círculo, les saludó con una bondadosa sonrisa, hizo señal a las mujeres de retirarse a sus habitaciones, y habló así a sus hijos:

-Ya sabéis el único cuidado que mueve mi alma hace años: ser justo y vivir sin culpa; y ayer corrió la sangre en el suelo de mi casa, sangre de un hombre vivo; quiero purificarme de esa sangre y expiar el delito a la sombra de mi techo. El esclavo que por un motivo nimio sufrió tan duramente ha de obtener desde luego la libertad y marcharse a donde le agrade, para que nunca pueda acusarnos, a vosotros y a mí, ante el juez supremo.

Los hijos permanecieron callados, y Virata sospechó la hostilidad en aquel silencio.

-Adivino en ese silencio una réplica a mis palabras. Y tampoco quiero proceder con vosotros sin antes oíros.

-¡A un culpable que se descomedió quisieras dar la libertad! ¿Recompensa en vez de castigo? empezó el hijo mayor-. Muchos servidores tenemos en casa, y no se notaría la ausencia de uno. Pero cada acto acarrea consecuencias y es como el eslabón de una cadena. Si a éste das la libertad, ¿cómo pretenderás conservar a los otros, dado el caso de que ellos prefieran marcharse?

-Si prefieren salir de mi vida, he de dejarlos. No quiero detener el destino de ninguna criatura, porque es culpable quien pretende determinar los destinos.

-Así vas contra el Derecho -intervino el segundo hijo-, que señala como propiedad nuestra esos esclavos, lo mismo que la tierra y el árbol que en ella crece, y el fruto de ese árbol. Desde el momento que te sirven, quedan unidos a ti y tú a ellos. Tocas una materia de duración inmemorial, de miles y miles de años acá: el esclavo no es dueño de su vida, sino servidor de su dueño.

-Sólo existe un derecho de Dios: la vida que a cada uno le fue dada con el aliento de su boca. Tú mismo me vuelves a abrir los ojos para el bien cuando estaba como ciego y me creía limpio de culpa: he vivido años en el error y ahora veo que el hombre justo no puede hacer bestias de los demás hombres. Voy a darles la libertad a todos para no ser culpables de ellos en la tierra.

Adusto el ceño, le miraban sus hijos. Y el mayor respondió duramente:

-¿Quién regará para que la cosecha de arroz no se agoste y conducirá los búfalos al campo? ¿Habremos de ocupar el lugar de los siervos por un capricho tuyo? Tú mismo estás lejos de haber empleado las manos en el trabajo en toda tu vida, y poco te preocupabas de si tu prosperidad era debida a otros. Y hay el sudor de otros en la esterilla entrelazada sobre la cual descansabas, y veló tus sueños una cadena de esclavos. ¿Y ahora, de pronto, vas a despedirles y que nosotros, los de tu sangre, carguemos con toda la fatiga? ¿Por ventura desunciremos los búfalos del arado para ponernos en su lugar, por miedo a que les alcance el látigo? También en su boca hay el aliento del dios de las mil formas. No toques nada, padre, de lo existente, porque todo es de Dios. La tierra no se da por sí misma. Es preciso violentarla para que dé frutos, y este dominio es una ley bajo las

estrellas a la cual no podemos sustraernos.

-Pues yo he de sustraerme a ese dominio violento, porque Poder y Derecho no suelen ir aparejados, y yo prefiero vivir en lo justo.

-En toda posesión entra el dominio, ya sea sobre hombres, sobre bestias o sobre la paciente tierra. Donde eres dueño debes imponerte: quien posee está comprometido con el destino de otros.

-Pero yo quiero desprenderme de todo lo que me inclina a la culpa. Así, os mando que dejéis libres a los siervos y os dispongáis a trabajar a medida de nuestra necesidad.

La cólera fluctuaba en la mirada de los hijos, que podían contener apenas su mal humor. Y dijo el mayor:

-Según tus palabras, no quieres torcer la voluntad de ningún hombre. No quieres mandar a tus esclavos para no hacerte culpable, pero nos mandas a nosotros y te metes en nuestra vida. ¿Dónde está, te pregunto, el derecho que invocas ante Dios y los hombres?

Virata calló un buen rato. Al levantar los ojos, vio la llama de la codicia en sus miradas, y el miedo llenó su alma. Y dijo sin rigor:

-Me habéis aleccionado. No usaré la violencia con vosotros. Vuestra es la hacienda desde ahora: os la repartís según vuestra conciencia, que yo no quiero participar más en la posesión ni en las cargas. Has dicho bien: el que domina quita libertad a los demás, pero la quita principalmente a su propio espíritu. Quien quiera vivir limpio de culpa, que se desprenda de toda posesión y no presuma de mandar sobre el destino ajeno, ni mantenerse de la fatiga ajena, ni beber del sudor de otros, ni depender de las gracias de la mujer ni de la glotonería. Únicamente el que vive solo vive para su Dios, únicamente el activo lo siente, y el que es pobre llega a poseerlo por completo. Quiero estar más cerca del Invisible que de la misma tierra, quiero vivir sin culpa. Tomad la hacienda y participad de su posesión en paz.

Y Virata se apartó de los hijos, que permanecieron atónitos. La codicia satisfecha puso un suave rescoldo en sus cuerpos, y aun así se avergonzaban.

Pero Virata, encerrado en su retiro, no atendía a requerimientos. Cuando cayeron las sombras de la noche, se dispuso a emprender el camino: tomó un cayado, la alforja para las limosnas, un hacha para el trabajo, un puñado de frutas y las hojas de palma donde constaban escritas las palabras de la sabiduría, para sus devociones: ciñó bien su vestido por encima de las rodillas y dejó el hogar silenciosamente, sin volver una sola vez la cabeza hacia la mujer y los hijos y los familiares de su hacienda. Toda la noche anduvo hacia el río en el cual había echado su espada en hora amarga; subió hasta el vado y, atravesándolo, siguió su camino río arriba por las orillas incultas, vírgenes todavía del arado.

Cuando el cielo se teñía de rojo. Llegó a un sitio donde el rayo había caído sobre el mango centenario y dejado un claro de maleza. En las inmediaciones, el río hacía una curva suave y una multitud de pájaros se movía a flor de agua para beber sin estorbo. La abierta extensión del río ofrecía un campo de luz, y el respaldar de los árboles brindaba la sombra. Astillas y matas rotas por el rayo se veían aún en aquel claro de soledad, en medio del bosque. Virata decidió levantar allí una cabaña y vivir en la contemplación, apartado de los hombres y libre de culpa.